



Los países pobres, entre los que nos contamos, el Perú y otros de Latinoamérica, trabajamos a precio que nos fijan los países ricos y compramos a precio que también fijan ellos. Y este no es sino uno de los muchos puntos discordantes en esta relación inhumana realizada por hombres.

EL LABERINTO Y EL HILO

PAISES RICOS Y PAISES POBRES

Escribe **SEBASTIAN SALAZAR BONDY**

EL tema de la superpoblación del globo, desde que fuera planteado por Malthus, no ha cesado de ser tema de la inquietud de científicos y gobernantes. Y si bien en el siglo XIX tuvo un auge notable con los neo-malthusianos, su actualidad no atina ya al problema de la mera atenuación de la explosión demográfica propiamente dicha sino al desequilibrio entre fuentes de alimentación y nuevas bocas hambrientas. Lo que parecía hasta la centuria pasada fácil de resolver con un programa de control de la natalidad, hoy parece ser una cuestión de desarmonía entre países ricos y países paupérrimos. Es decir, una cuestión de justicia social internacional. Francia —lo ha dicho el cable hace unos días— importa mano de obra. En tanto América Latina, Asia y Africa reclaman pan —y trabajo, que es pan— para millones de nuevos hombres. La revista "Planete" de París ha consultado a cuatro autoridades al respecto, y es a la transcripción de sus respuestas acerca del porvenir de la humanidad sometida al proceso de la superpoblación a las que esta nota quiere reducirse. El caso atañe al Perú directamente y, por eso, el cronista considera interesantes esos cuatro puntos de vista.

El Profesor Denis Gabor, a cargo de la cátedra de Electrónica Aplicada de la Universidad de Londres, ha afirmado que la verdadera crisis demográfica proviene de los países ricos. "Los países subdesarrollados no procrean más niños, sino que éstos mueren menos", ha dicho, refiriéndose a los resultados, en el margen miserable del orbe, de la medicina preventiva y la higiene. A continuación el Profesor Gabor se ha preguntado por qué las naciones superdesarrolladas proliferan, y se ha respondido así: por una reacción inconsciente de miedo ante la civilización de ociosos que, tarde o temprano, se va a instaurar. El progreso técnico dejará al hombre libre y sólo el hombre corriente, ordinario pero suficientemente educado, podrá gozar de esa libertad. Hay que evitar ese miedo y preparar una humanidad capaz de emplear el tiempo y los medios en su elevación.

El Profesor Josué de Castro —a quien no es preciso presentar con sus títulos: la dictadura brasileña lo ha honrado con la proscripción civil— ha dicho que la tierra está falta de hombres en ciertos puntos y abunda de ellos en otros. Hay que organizar —esa es su tesis— la superpoblación mediante una nueva economía y una nueva política planetarias. Es preciso fructificar los desiertos y hacer habitables las selvas tropicales, pero para ello es esencial una mejor repartición de las riquezas del globo y sobre todo una revolución general de sistemas y conciencias.

Un premio Nobel de Fisiología, el Profesor Daniel Bovet, se adhiere a la teoría de Josué de Castro. Decir no al crecimiento demográfico es, simplemente, hacer malthusianismo en nombre de los privilegios de los países ricos. Hay, por el contrario, que mejorar la tierra entera organizándola, aplicando todos los recursos científicos a la nutrición de los hombres, renovando la economía y la política mundiales. El planeta tiene cabida, dispuesto así, para millones de millones de nuevos habitantes.

Por último, aparece la opinión de Krishnaswamy, doctor en economía y miembro del Servicio Civil de la India. El porvenir de la humanidad depende, según él, de restablecer el equilibrio entre el número de hombres útiles y las fuentes de riqueza todavía mal explotadas. Asimismo, no basta la dicha material: entre la carrera por el confort que ha emprendido el mundo occidental y la vocación espiritual de Oriente hay que buscar una síntesis dinámica.

He ahí cuatro opiniones de autoridades del saber contemporáneo. Las cuatro distinguen que la explosión demográfica será un problema en tanto subsista el abismo entre las naciones que lo tienen todo —lo propio y lo ajeno— para su bienestar, y las que no tienen nada —ni siquiera lo propio—, las cuales conforme multiplican su población disminuyen sus potencialidades naturales y productivas. La lucha, según alguien ha dicho recientemente, no es entre dos sistemas o doctrinas económicas solamente. Otra lucha, paralela, enfrenta en el nivel internacional a países magnates y países proletarios. No olviden que el Perú está entre estos últimos.